

San Cristóbal de Mazaleón. Memoria de investigación y excavación (2004-2006)

Luis Fatás Fernández*

1. Introducción

San Cristóbal (Mazaleón, Teruel) es un yacimiento clásico dentro de la historiografía arqueológica. Situado en un cerro de la margen derecha del río Matarraña, junto a un meandro, ha sido objeto de investigaciones desde la segunda década del siglo XX. Fue entonces, dentro del programa desarrollado por el *Institut d'Estudis Catalans* en el ámbito bajoaragonés, enmarcado en una política nacionalista (FATÁS 2007a; FATÁS 2007b) cuando se excavó la mayor parte de lo que actualmente conocemos. Posteriormente, a finales de la década de los cuarenta, conocería otra intervención de la mano de Tomás Maigí, abandonándose los trabajos de campo en este asentamiento desde entonces.

Este memoria pretende reflejar los resultados de las investigaciones llevadas a cabo en el poblado de San Cristóbal entre los años 2004 y 2006. Los motivos que nos llevaron a plantear nuevas intervenciones en un yacimiento aparentemente agotado derivaban de la realización de una tesis doctoral en la que se estudiaban materiales arqueológicos de diferentes yacimientos del área del Matarraña recuperados por el citado *Institut d'Estudis Catalans* en las primeras décadas del siglo XX. Por ello entre los principales objetivos de dichas intervenciones se encontraba la obtención tanto de estratigrafías como de materiales contextualizados.

A esto hay que sumar la intención de tratar de resolver algunos de los problemas de interpretación que el yacimiento planteaba.

En conjunto, las actuaciones realizadas en el referido período de tiempo, nos ha permitido un acercamiento a la técnica constructiva del poblado y la realización de trabajos arqueológicos en cuatro zonas diferenciadas.

2. Las zonas de trabajo y sus resultados

2.1. Zona 1

Esta zona se incluye dentro de la parte del yacimiento que fue excavada por Pérez Temprado bajo dirección de Bosch Gimpera. Se trata de un espacio cuadrangular adosado al muro que cierra por el Norte el poblado, próximo a uno semejante que se dispone más hacia el Oeste. Presenta unas dimensiones de, aproximadamente 3,80 x 3,80 metros incluyendo los muros, quedando unos 2,23 x 2,50 m. de espacio interno.

Se eligió esta zona para la realización de una cata al constatar durante unos trabajos de limpieza del yacimiento la existencia de relleno arqueológico: la zona más desprotegida había sufrido los efectos de la erosión, aflorando en superficie elementos interpretables como adobes descompuestos.

* (Universidad de Zaragoza, Departamento de Ciencias de la Antigüedad, Área de Prehistoria lfatas@unizar.es).

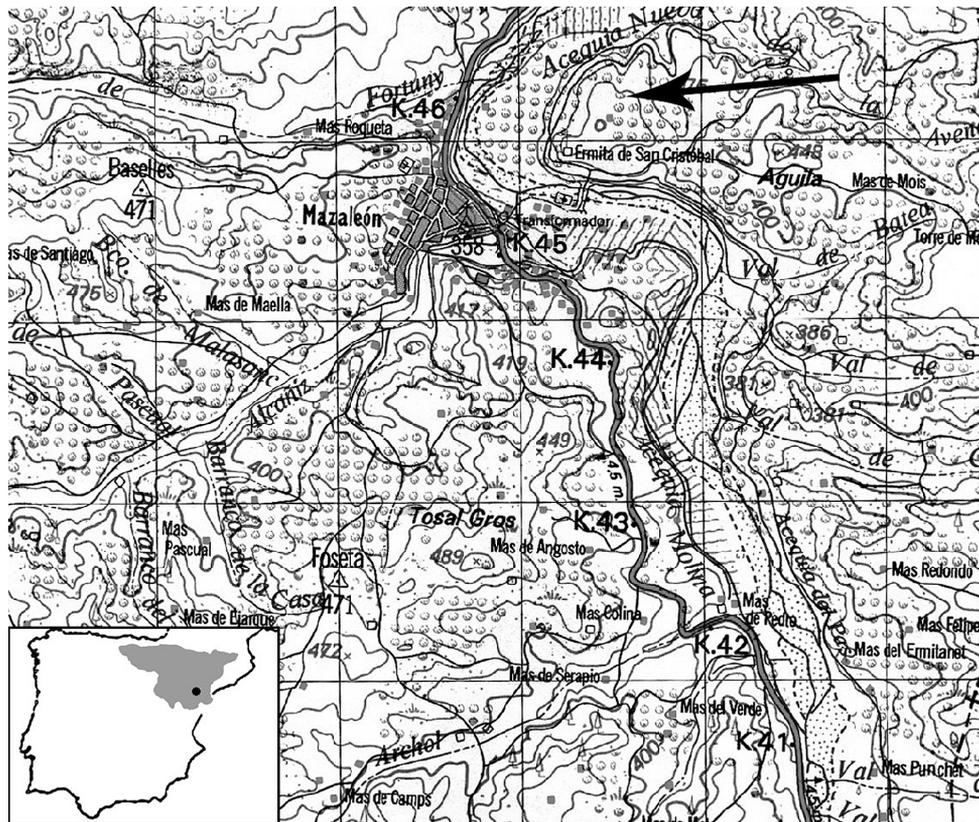


Figura 1. Situación del yacimiento de San Cristóbal.

La excavación, que tuvo unas dimensiones totales de 1,90 x 2,23 m. – ya que se dejó en la parte interior de los muros un espacio reservado para evitar posibles problemas de estabilidad–, permitió identificar un primer nivel superficial de una potencia que oscilaba entre los 5 y los 10 cm., pudiéndose distinguir dentro de esta primera capa vegetal algunos restos de adobe descompuesto.

Bajo este primer nivel, se identificó otro en el que destacaba la aparición continuada de adobes descompuestos hasta llegar en los dos cuadrantes meridionales a un suelo realizado mediante un enlosado de adobes (FATÁS y CATALÁN 2005, 134), desconocemos si en la mitad septentrional no se ha conservado o éste nunca llegó a existir.

De este suelo se conservaban dos hiladas de adobe, y en alguna zona restos de una tercera, en la que éstas se disponían regularmente en paralelo a los muros de cierre de este espacio. La circunstancia de que sólo se documentara en parte de la cata permitió profundizar en las zonas que no presentaban restos,

observándose una cierta regularidad en los adobes que funcionarían como losas. Éstos presentan unas dimensiones generales que oscilan en cuanto a longitud entre los 17,5 y los 20,8 cm.; por una anchura de entre 20 y 25 cm.; y un grosor de 4,4 a 5 cm. Asimismo, el sondeo permitió ver una preparación previa al “enlosado”. Justo por debajo de este enlosado se identificó un pequeño nivel de cenizas, de muy escasa potencia y de cota casi idéntica¹, que supondría bien un nivelado previo de los estratos preexistentes o bien un preparado voluntario.

La existencia de un suelo realizado mediante este procedimiento aunque es un hecho llamativo, no es excepcional. La mayoría de los ejemplos conocidos pertenecen a momentos ibéricos: El Oral en el siglo V a.C. (ABAD y SALA 1993, Fig. 155, 180; 179-181), varios en Lattes, en la zona del Golfo de León, entre los que destaca uno muy similar al exhumado aquí (DE CHAZZELLES 2001, Fig. 11 y 18) u otro en el Coll del Moro de Gandesa en fechas del siglo III a.C. utilizado como depósito de agua en relación a un taller de lino

¹ La diferencia de cota entre las zonas donde pudimos medir ésta no superaba los dos centímetros.

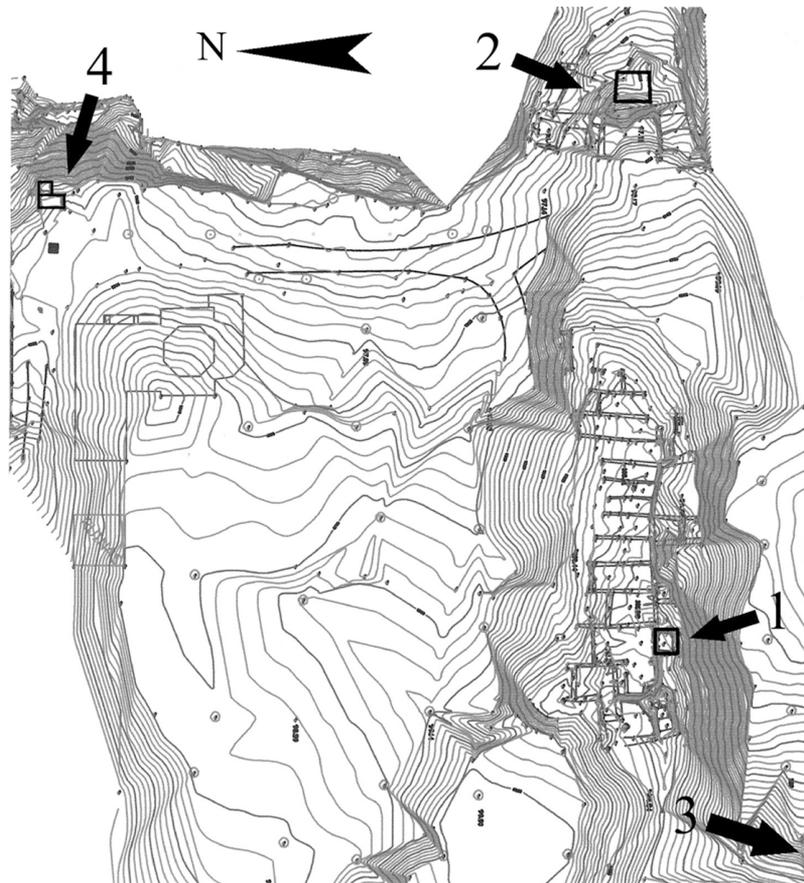


Figura 2. Planimetría completa del asentamiento, indicando las diferentes zonas de actuación.

(RAFEL ET ALII 1994). También se han documentado en Sant Miquel de Lliria, la Monravana o el Castellet de Bernabé (BONET 1995, 352), relacionados con actividades industriales en momentos de iberismo pleno. Los únicos ejemplos que pueden ser cercanos en el tiempo a éste de San Cristóbal los podemos encontrar



Figura 3. Zona 1. Imagen del suelo de adobes, con los restos del banco corrido a la izquierda.

en el Barranc de Gàfols (SANMARTÍ ET ALII 2000, 85-86), con el que comparte otros elementos de cultura material y en el Cabezo de la Cruz. El primer caso fue interpretado en un primer momento como un pajar, aunque probablemente los resultados del estudio de Coll del Moro harían que apuntaran hacia otra posibilidad más cercana a la de este otro ejemplo. Sin embargo, la disposición de los adobes y el empleo de diferentes módulos en Gàfols hacen que resulte más semejante a otros ejemplos más recientes citados anteriormente.

En el lado oeste del espacio se conservaban restos muy deteriorados de un probable banco corrido de adobe, que estaría adosado al muro oeste de la habitación. También se recuperaron tres adobes, uno de los cuales estaba entero y conservaba en uno de sus lados mayores una serie de impresiones agrupadas en tres columnas por tres filas, probablemente digitaciones (FATÁS y CATALÁN 2005, 134).

Finalmente, bajo la nivelación de la superficie y apoyando sobre el suelo natural de roca aparecía un último nivel con tierra muy fina suelta y pequeñas piedras y cantos rodados que quizás formase parte del

preparado del suelo. Este último estrato era totalmente estéril, arqueológicamente hablando, apareciendo únicamente adobe descompuesto quizás procedente de los niveles superiores.

El material arqueológico procedente de esta zona de intervención es bastante reducido. Aparece algo de metal, concretamente una varilla de bronce de sección circular (Lám. 1.2) que puede ser interpretable como perteneciente a algún brazalete de tipo C de Ruiz Zapatero (1985, 963-967), que en el Coll del Moro se fechan entre mediados del siglo VII y la primera mitad del siglo VI a.C. (RAFEL 1991, 125-126).

Los elementos cerámicos tampoco son mucho más numerosos, reduciéndose lo más significativo a un pie anular (Lám. 1.4), semejante a otros procedentes de este yacimiento, un borde exvasado ligeramente cóncavo (Lám. 1.1) y un fragmento de asa de sección oval que está dividida en tres cuerpos mediante dos incisiones verticales paralelas en los que aparecen varias incisiones horizontales más pequeñas (Lám. 1.3).

2.2. Zona 2

En la zona más occidental de la cumbre amesetada donde se sitúa San Cristóbal, aparece un pequeño



Figura 4. Zona 2. Detalle de la caída de adobes.

espólón cerrado por un muro de cierta potencia que Bosch Gimpera consideró como “probablemente de época moderna”. Sin embargo, es en torno a esta estructura donde Tomás Maigí llevaría a cabo una pequeña excavación entre 1946 y 1947, extremo confirmado por el testimonio oral de algunos de los habi-

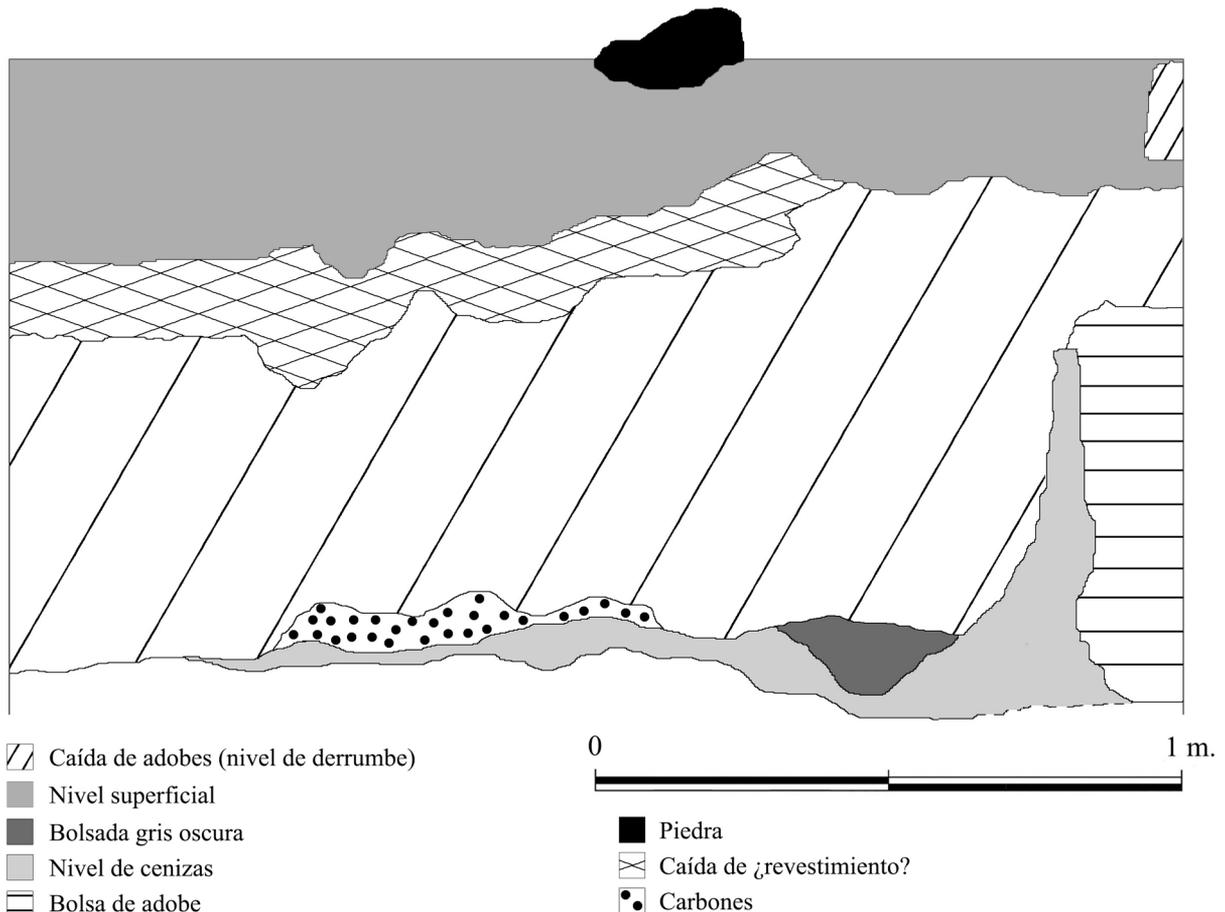


Figura 5. Zona 2. Dibujo del corte Este.

tantes de Mazaleón que eran niños cuando tuvo lugar dicha intervención. A esta intervención corresponden los materiales de San Cristóbal publicados por Atrián (1961).

El acercamiento al yacimiento llevado a cabo en el año 2004, permitió identificar a partir de la observación del terreno y la cota de las catas de Tomás Maigí una zona dentro de esta área donde habría nivel arqueológico. En la elección de esta zona influiría, asimismo, la búsqueda de claves explicativas que permitieran formular alguna hipótesis en torno a la existencia del muro antes señalado que aislaba una parte del yacimiento.

Las dimensiones originales del corte fueron de 2 x 2 metros, si bien se fue ampliando progresivamente hasta alcanzar unas dimensiones totales de 4 x 3.

Durante la eliminación del nivel superficial empezaron a aflorar numerosos adobes, en algunos casos a menos de 5 centímetros de la cota original, que conformaban una caída de potencia destacable, aunque ésta disminuía progresivamente hacia el oeste a consecuencia de la erosión diferencial del terreno. Hacia el corte este, donde dicha potencia era mayor, se pudo identificar en el perfil un nivel en cuña que apoyaba justo sobre la mencionada caída y que parece corresponder a revestimientos de las paredes mezclados con restos de adobe descompuesto.

Bajo la caída de adobes, que en algunas zonas alcanzaba casi un metro desde la cota inicial, y bajo una fina e irregular capa de color gris verdoso de escasa potencia apareció un nivel de cenizas de potencia irregular, que en algunos casos alcanzaba los 10 centímetros de profundidad, que apoyaba directamente sobre el suelo. Este nivel aparecía acompañado de otros signos de combustión como algunos pequeños troncos carbonizados, que no se pudieron recuperar por su deficiente conservación. Esta capa de cenizas enlazaba, igualmente, hacia el vértice sureste de la cata con una bolsada de cenizas vertical que parece que podría ser interpretada como resultante de la combustión de algún poste.

La ampliación de la cata confirmó la importante caída de adobes sobre el nivel de cenizas antes apuntado, así como parte de un muro, también de adobes, desplazado. Asimismo se identificaron unas estructuras que delimitaban un espacio en forma de "L" cuyo cierre por el este sería el muro junto al que se planteó la intervención. Estas estructuras, a su vez, estaban dispuestas en oblicuo respecto a un muro que se intuía en superficie y que, quizás, serviría de cierre de esos espacios por la parte meridional. No se llegaron a

comprobar, sin embargo, las relaciones entre los diferentes muros ante el fin de la campaña, quedando pendiente para futuros trabajos.

La excavación permitió la recogida de más de 140 fragmentos de adobes, algunos de los cuales presentaban un buen estado de conservación. La medición de todos ellos permitió identificar hasta 6 módulos diferentes (FATÁS y CATALÁN 2005). Además, el muro desplazado al que aludíamos más arriba permitió comprobar la disposición de los adobes, siendo ésta a soga. Se pudo observar, igualmente, que la junta entre adobes de la línea inferior tiende a disponerse respecto a la superior a la altura de uno de los tercios de la largura, probablemente para evitar que el peso fracture al punto más frágil, cumpliéndose lo señalado por Asensio para otros asentamientos (ASENSIO 1995, 33). Por otra parte, la utilización de diferentes módulos, como sucede aquí, en una misma construcción no es algo infrecuente, sino que resulta totalmente habitual en numerosos yacimientos con la finalidad de facilitar la disposición de los adobes para la construcción del muro².

De todas formas, como apuntábamos en las conclusiones del artículo que publicamos sobre la construcción en tierra, la existencia de varios módulos diferentes permite una doble interpretación: "o bien no existiría una modulación intencional en estos momentos de la protohistoria, empleándose cada módulo hasta la amortización de los moldes, o bien, ante las semejanzas evidentes de algunas de las medidas respecto a otros asentamientos de un ámbito cercano y, en ocasiones, de una cronología también próxima, se contempla un abanico relativamente alto de posibilidades para poderlos combinar entre sí en una misma construcción dentro del asentamiento" (FATÁS y CATALÁN, 2005, 140).

Entre el material arqueológico recogido destaca la aparición de bronce. Concretamente se trata de un gran número de pequeños elementos con la parte superior plana partiendo de ésta dos pequeñas patillas vueltas hacia dentro que, en algunos casos, se han unido por la acción del tiempo y de la corrosión. Resulta plausible pensar que sea trate de tachuelas que tendrían un uso ornamental sobre cuero o algunos otros elementos textiles menos consistentes. De hecho encontramos un ejemplo semejante en el Cabezo de la Cruz (La Muela) y, formando parte de un collar, en Valdetaus (Tauste).

En cuanto al material cerámico, como sucede en el caso anterior, se evidencia que estamos ante materiales semejantes a los procedentes de las campañas

² Según se ha podido documentar en diferentes asentamientos (BELARTE 2002, 38 ; BONET ET ALII 2001, 90 ; MORER ET ALII 2001, 165).



Figura 6. Zona 2 una vez acabada su excavación. Los restos de las estructuras han sido resaltados. Igualmente se ha resaltado el muro de adobes desplazado.

antiguas. Así, se recogieron fragmentos que presentaban restos de pintura en colores rojo y amarillo (Lám. 3.4; Lám. 3.6) –semejantes a los que están conservados en el Museu d'Arqueologia de Catalunya-Barcelona–, pies anulares (Lám. 3.3), alguna vasija de almacenaje con varios cordones plásticos paralelos (Lám. 2.1) o los cuellos subcilíndricos exvasados (Lám. 2.2; Lám. 2.3). También aparece un pequeño cuello cilíndrico con el labio apuntado y el arranque de cuerpo (Lám. 2.6) que recuerda a otras dos piezas bastante características del yacimiento y que corresponderían, probablemente, a una forma que parece típica dentro de la zona del Matarraña medio (FATÁS e.p.). Una tapadera con decoración acanalada podría, asimismo, interpretarse dentro de esta última línea de peculiaridades regionales (Lám. 3.2).

Finalmente, hay que destacar que en esta zona de intervención se recuperó una vasija globular, con un pie, que originalmente sería con toda probabilidad alto³, cuello subcilíndrico ligeramente exvasado y borde vuelto (Lám. 3.1). Esta pieza presentaba toda su superficie exterior grafitada. Es decir, presenta una técnica decorativa que ornamenta toda la superficie exterior con una pintura metálica (SÁENZ DE URTURI 1983, 387; BARROSO 2002, 129). Se trataría, en concreto, de la forma 3 y, por la decoración, tipo 1 de Barroso, al extenderse el grafito en forma de una capa más o menos homogénea por la superficie del recipiente. Este tipo de cerámicas son producciones procedentes de diferentes áreas de la Meseta y del Alto Ebro, siendo esta forma concreta una de las habituales para ésta última zona (BARROSO 2002, 137). Esto

³ Parece que el pie anular bajo que conserva correspondería a una reparación de esta cerámica, tras una probable rotura del mismo.

hace que probablemente haya que considerar esta pieza concreta como una producción del referido Alto Ebro que llegaría a San Cristóbal producto, tal vez, de los intercambios regionales bidireccionales que se aprecian, también, en las cerámicas más comunes de lo que se ha denominado tradicionalmente como mundo de los Campos de Urnas. La cronología de éstas, por otra parte, habría que fijarla según dicho autor en torno al siglo VII-VI a.C., aunque en la zona alavesa y navarra, núcleo de esta zona de producción, se fechan, quizás, desde el siglo XII hasta el VI a.C., si bien Barroso recomienda centrarlo en torno al VIII a.C.

No se han podido encontrar indicios, sin embargo, que permitan apuntar con una mínima seguridad alguna clave explicativa para el hecho de que se trate de una zona que parece especialmente protegida, más allá de especulaciones puramente teóricas.

2.3. Zona 3

Hacia el nordeste del asentamiento se levanta un cabezo en el que durante el acercamiento al yacimiento llevado durante el año 2004 se identificaron varios amontonamientos de tierra de apariencia tumular. Su situación hace que se trate de un área de interés por estar situada sobre el poblado, es decir controlándolo visualmente, y por el hecho de que a pesar de que se habían excavado zonas tumulares cercanas al yacimiento no se había identificado ésta como una de ellas (RAFEL 2003).

De las hipotéticas estructuras que se observaban, había dos que por sus dimensiones y cierta regularidad presentaban un mayor interés, optándose finalmente por llevar a cabo una intervención en una de ellas.

Tras llevar a cabo una limpieza superficial del amontonamiento, se procedió a su medición, resultando una forma elipsoidal, casi circular, de, aproximadamente, 4,65 x 4,80 m. en su eje. Para su excavación se creó una cuadrícula en el que quedara inscrito el posible túmulo, dividiéndose éste a su vez en cuatro partes para hacer más fácil el trabajo.

La excavación del sector suroeste no dio resultados positivos, aunque permitió obtener la profundidad máxima del amontonamiento en su punto central, siendo de unos 65 centímetros. A continuación se procedieron a excavar el resto sectores sin obtener resultados que permitieran confirmar la existencia de un túmulo en este caso concreto.

A pesar de no obtener resultados positivos en la intervención practicada, no se puede descartar la posibilidad de que alguna de las otras acumulaciones de tierra pudiera corresponder a estructuras funerarias relacionadas con el asentamiento. Apuntamos esta hipótesis porque en esa misma colina se identificaron en superficie restos de una estructura tumular total-

mente excavada. En concreto, se podía apreciar un empedrado circular que en una posición excéntrica, aproximadamente hacia el este de la estructura, presentaba una hendidura en forma de “U” con un retallado que serviría, probablemente, para poder asentar unas lajas que conformarían la cista donde se depositaría la urna cineraria y su ajuar correspondiente. Estos restos, en definitiva, parecen indicar la existencia de, al menos, un túmulo de cista excéntrica con un empedrado que marcaría la zona tumular, siendo similar a otros ejemplos documentados en esta zona, como por ejemplo “El Cap de les Sendes” o “El Mas de Flandr” (RAFEL 2003, 60-63; fig. 33 y 34.3).

2.4. Zona 4

La última de las zonas de intervención se planteó a partir de una doble circunstancia. Por una parte, en uno de los croquis realizados por Bosch, y conservados en el Museu d’Arqueologia de Catalunya – Barcelona, aparecía indicada una posible “torre” aproximadamente por esta zona 4, aunque aparentemente ni él, ni Pérez Temprado llegarían a intervenir en esta área. Y en segundo lugar, porque a un nivel superficial se observaban restos de estructuras.

Estas estructuras se sitúan fuera del ámbito tradicionalmente considerado como área de extensión del asentamiento. Concretamente, su extremo más alejado se encuentra hacia el noroeste de la zona tradicionalmente conocida, a unos 75 metros en línea recta del punto más cercano – correspondiente al gran muro en torno al cual se localiza la zona 2 de intervención–, en las proximidades de la ermita de San Cristóbal y junto a uno de los accesos a pie a lo alto del monte, a través de un camino de romería.

La finalidad de la intervención en esta zona era la de tratar de determinar en lo posible si las estructuras que se observaban a nivel superficial eran contempo-



Figura 7. Zona 3. Restos superficiales de un túmulo de cista excéntrica con empedrado.

ráneas al poblado de San Cristóbal tradicionalmente conocido y se relacionaba, por tanto, con el mismo o, por el contrario, se trataba de una ocupación en algún momento cronológico diferente al mismo.

Con este objetivo se estableció una cata de 2 x 2 metros tomando como límite en su parte sur las estructuras que se apreciaban a nivel superficial y en su parte oeste la prolongación imaginaria de unas posibles estructuras que se apreciaban perpendiculares a las antes referidas. Posteriormente, se ampliaría en otros cuatro metros cuadrados (otra cata de 2 x 2) hacia el norte (Ampliación Norte) e igualmente hacia el oeste, correspondiendo éste último a otro espacio por lo que lo denominamos como Cata 2 para diferenciarlo en su nomenclatura del resto de la zona de intervención, denominada como Cata 1.

La **Cata 1** y la **Ampliación Norte** corresponderían, pues, al mismo espacio, presentando ambas una estratigrafía similar, aunque presentan alguna peculiaridad. En primer lugar se aprecia un poco potente **nivel superficial** conformado por tierra suelta, cantos rodados y algunos elementos vegetales intrusivos. Se trata de un nivel poco fértil, apareciendo poco material arqueológico, mezclado con elementos contemporáneos – derivados de la cercanía del camino de romería de subida, las propias romerías y la proximidad de la ermita –. En cualquier caso, su potencia estratigráfica siempre es menor de veinte centímetros.

El siguiente nivel, lo hemos dividido en dos subniveles. En primer lugar aparece el subnivel **A1**, de tierra suelta entremezclada con adobe descompuesto, lo que le da una coloración que oscila entre rojizo y blanquecino. En él, junto a piedras desplazadas procedentes de los muros, destaca la aparición de una mayor cantidad de elementos arqueológicos, así como algunos signos de combustión aislados. En la Ampliación Norte, sin embargo, los materiales son más escasos y, en los dos sectores situados hacia el norte de la



Figura 8. Zona 4 antes de su excavación.

misma, se identifica un hipotético muro de cierre de peor factura que el resto de estructuras vinculadas al mismo espacio.

Unos 20 centímetros por debajo del nivel anterior, la tierra se presenta más apelmazada, aunque sigue apareciendo adobe descompuesto, y se identifican algunas bolsadas más oscuras sin forma definida, por lo que optamos por definir otro subnivel: **A2**. Además, ofrece la mayor parte de materiales de esta zona de intervención, generalizándose esta abundancia en la Ampliación Norte.

En el sector sudeste, este subnivel A2 desaparece súbitamente al surgir la roca natural a una profundidad de unos 34 centímetros respecto a la cota inicial en esa zona. Junto a este sector se identificaron varias piedras, más o menos planas, a una profundidad ligeramente mayor que pueden haber funcionado como alguna clase de pavimento. Sin embargo, el hecho de que no se haya localizado en el resto de la cata hace que nos planteemos la duda de si se trata de un suelo que se haya perdido, al no haber encontrado más evidencias dentro de este espacio; si era la única zona con este tipo de piso, nivelando esta zona con el afloramiento de la roca natural; o, por el contrario, si se trata de una concentración de piedras casual.

La profundización permitió, por otra parte, observar que el muro que cerraría por el norte este espacio aparece montado sobre tierra suelta, por lo que en un primer momento nos planteamos que este muro correspondiera a una reforma hecha con posterioridad a un primer momento de uso de este espacio. Hacia esta hipótesis apuntaría el hecho de su fabricación con diferente factura respecto a los muros sur y oeste. Sin embargo, como señalaremos luego, el hecho de que varios fragmentos cerámicos hallados en diferentes niveles correspondan a las mismas piezas, nos lleva a cuestionar si realmente existe una segunda fase diferenciada o, incluso, si se trata realmente de un muro.

En los sectores restantes de este espacio, se identificó una pequeña capa de unos pocos centímetros de espesor de una tierra bastante suelta y con una presencia abundante de cenizas, lo que le daba un tono grisáceo, muy bien delimitado y que definimos como **Nivel B**. En este nivel, arqueológicamente fértil, junto a la aparición de cerámicas y fragmentos óseos destaca la aparición de un par de fragmentos informes de hierro.

Este estrato apoya directamente sobre una capa de tierra bastante apelmazada y compacta en la que no se identificaron elementos de cultural material y que hemos interpretado como suelo. La potencia estratigráfica total oscila entre los 72 centímetros de los sectores situados más al nordeste, en la zona de la Ampliación Norte, y los 51 centímetros del sector más suroeste, en la zona original de la Cata 1, disparidad

lógica que está motivada por la erosión diferencial hacia la zona de la ladera.

A pesar de que tanto durante la excavación como en los cortes estratigráficos documentados se apreciaban diferentes niveles estratigráficos, la revisión de los materiales ha permitido, tal y como apuntábamos antes, identificar fragmentos de las mismas cerámicas en varios de ellos. Este hecho hace que resulte bastante probable que exista una única ocupación y una sola fase constructiva, aunque la presencia del hipotético muro antes referido en el corte norte de la Ampliación Norte aporta nuevas incógnitas que quizás puedan ser respondidas en futuras campañas a través de la ampliación de la zona de trabajo.

Los materiales aquí recuperados resultan de gran interés. Junto a algunos fragmentos óseos, materiales pétreos, como probables manos de molino y un molino de agarradera, aparece el único elemento férreo del yacimiento, no identificado, y una gran cantidad de cerámicas significativas.

En estas últimas destaca la aparición de torneadas, a las que nos referiremos más adelante, junto a un número muy superior de cerámicas manufacturadas, algunas de las cuales resultan interesantes.

Entre los fondos fragmentados identificados, junto a fondos planos (Lám. 5.8; Lám. 6.6; Lám. 8.4) y umbilicados (Lám. 7.8), encontramos los pies anulares (Lám. 4.2; Lám. 4.6; Lám. 5.6; Lám. 7.4) tan característicos del hierro inicial de la zona bajoaragonesa y que también hemos podido recuperar en estas campañas en otras zonas.

En cuanto a otro tipo de fragmentos, aparecen algunos cuellos cilíndricos o subcilíndricos con variaciones en el borde (Lám. 4.4; Lám. 5.5; Lám. 6.3; Lám. 7.1; Lám. 7.5; Lám. 8.2; Lám. 8.3); formas de cuerpo bitroncocónico, en ocasiones tendiendo a galbos globulares, con el borde exvasado y diferentes labios (Lám. 6.7; Lám. 7.3; Lám. 7.7); y otras de cuerpo troncocónico, más o menos redondeado, con borde exvasado (Lám. 6.1; Lám. 6.2; Lám. 6.4; Lám. 7.2; Lám. 7.6).

Finalmente, también encontramos una tapadera – o plato- hemisférica casi entera con un pezón perforado (Lám. 5.7), un par de tapaderas de las que Bosch Gimpera denominaba “de meandros” (Lám. 4.7)⁴ semejantes a la comentada en la Zona 2, un cuenco de borde redondeado troncocónico (Lám. 4.1), un vasito bitroncocónico de cuello cilíndrico y fondo umbilicado

(Lám. 5.2.), muy semejante a los identificados en diferentes asentamientos con ocupación en el Hierro inicial, y un vaso de cuerpo bitroncocónico y borde troncocónico muy exvasado (Lám. 8.1).

En cuanto a la presencia de decoraciones, hay que señalar la aparición, junto a los “meandros” de las tapaderas que antes mencionábamos, incisiones en la parte interior de un borde (Lám. 7.3) en forma de triángulos rellenos y en un fragmento en el que bajo una incisión que marca la transición entre panza y cuello aparecen triángulos concéntricos de nuevo incisos –o rombos, ya que la rotura de la pieza impide determinar la figura geométrica–. También encontramos un fragmento con pequeñas excisiones bajo el borde (Lám. 6.4) y numerosos cordones plásticos⁵, entre los que destacan por su complejidad los presentes en uno de ellos en combinación con pastillas aplicadas (Lám. 8.1). Un cordón liso rodea la pieza a la altura del cuello, del que cuelga hasta cuatro veces un mismo motivo que, con variaciones, responde a un mismo patrón: una pastilla de la que cuelgan dos cordones, uno a cada lado, en bucle, como si de lazos o guirnaldas se tratase.

Como señalábamos más arriba, junto a la cerámica manufacturada destaca la aparición de cerámicas torneadas tanto cualitativa como cuantitativamente, apareciendo hasta nueve fragmentos de diferentes piezas. Entre estos materiales parece que se podrían diferenciar dos grupos de pastas⁶. La primera de ellas, donde se incluye un sólo elemento (Lám. 6.4), podría tratarse de una variante de las producciones de tipo “Málaga”,



Figura 9. Zona 4. Cata 1 tras su excavación.

⁴ De las que sólo hemos dibujado una de ellas debido al deficiente estado de conservación de la otra.

⁵ Únicamente hemos dibujado aquéllos que formaban parte de fragmentos reconocibles.

⁶ Agradecemos la ayuda prestada para la identificación de estas piezas a D. García, F. Gracia, D. Bea, J. Diloli y S. Sardá.

mientras que resto de materiales se podrían englobar en lo que se denomina de manera un tanto vaga como “producciones de tradición fenicia” o “protoibéricas”.

La figura 4 de la lámina 6, es, según hemos apuntado, una posible importación del ámbito fenicio occidental. Se trata de un fragmento de hombro con un arranque curvo de parte del cuello que conserva restos de una banda pintada. Aunque por su peculiar morfología podría pertenecer a un *arybalos*, similar a los que aparecen en la necrópolis de Mas de Mussols, por lo raro de la aparición de esta forma en el ámbito del valle del Ebro y por el hecho de que no aparecen con pintura, nos inclinamos a pensar que quizás se trate de algún tipo de *oinochoe* similar al hallado en el Barranc de Gàfols (SANMARTÍ ET ALII 2000, Fig. 5.11.9). De todas formas la ausencia de barniz rojo en toda su superficie y una tendencia menos vertical, que la hacen muy similar al ejemplar antes mencionado de Barranc de Gàfols, hace que quizás haya que plantearse que se trate no de una importación del ámbito fenicio occidental, sino de una imitación de procedencia similar a las que vamos a ver a continuación⁷.

El resto de la cerámica a torno del yacimiento, que al igual que la anterior habría que interpretar en clave de importaciones, son, además de cuatro paredes sin forma definida y carentes de decoración, otros cuatro fragmentos con forma y / o decorados. Así, encontramos un fragmento de pared con tres bandas paralelas pintadas (Lám. 5.4); un hombro con una banda pintada (Lám. 5.3); parte de un plato (Lám. 4.5), que conserva el arranque de un borde vuelto semejante en forma al tipo 5 de González Prats, sin decoración, y que sería similar, también, a alguno de los procedentes del Barranc de Gàfols (SANMARTÍ ET ALII 2000, Fig. 181.5.7), los cuales, según el mencionado autor, tendrían una filiación tartésica⁸; el último de los fragmentos consiste en parte de un asa bifida (Lám. 4.3), que correspondería a la parte superior de la pieza. Se trataría, probablemente, de un objeto, al menos, parcialmente similar⁹ al *oinochoe* híbrido recuperado en el Turó del Calvari (BEA ET ALII 2005, Fig. 13).

En continuidad para lo señalado en el resto de catas antes referidas, la cerámica a mano de esta zona parece concordar con lo identificado en el resto de las intervenciones e, incluso, en la revisión de los materiales procedentes de las excavaciones del Institut d'Estudis Catalans. Entre los materiales más significa-

tivos destacan los pies anulares antes referidos, las decoraciones incisas –con motivos semejantes a los identificados en Escodinas Altas o en este mismo poblado de San Cristóbal–, o algunos de los vasos de cuello cilíndrico. Aunque quizás las piezas que resultan más destacables sean las tapaderas de meandros y la barroca decoración de cordones y pastillas antes señalada que parece que remitirían a elementos de estos ámbitos y se podrían interpretar como característicos del ámbito del Matarraña para momentos de ocupación preibérica (FATÁS 2007a; FATÁS e.p.).

En cuanto a las torneadas, que han recibido según apuntábamos antes varios nombres, aparecen de manera generalizada por todo el nordeste peninsular en unas fechas que se tienden a situar en torno a la primera mitad del siglo VI a.C. A partir de lo sugerido por diversos autores, que se basan en la variedad y dispersión de estos materiales, se puede plantear una triple posibilidad sobre su origen: bien tendría centros de producción diversos, bien procedería de centros de producción indígena (SANTACANA y BELARTE 2003, 135) o bien, de algún establecimiento fenicio o comunidad mixta que fabricaría estas cerámicas de tipología fenicia o basadas en producciones griegas de la primera mitad del siglo VI a.C. (ASENSIO I VILARÓ ET ALII 2000). Los análisis de pastas desarrollados en Gàfols han llevado a apuntar a los investigadores que trabajaron en dicho asentamiento a que estas cerámicas procederían del área situada entre Granada y Murcia (SANMARTÍ ET ALII 2000, 161). Esta propuesta la podemos extender a esta zona a modo de hipótesis que tendrá que ser comprobada en el futuro.

Como señalábamos más arriba, paralelamente a la ampliación de la excavación de la Cata 1, se realizó una segunda intervención en esta zona al oeste de la misma.

Esta **Cata 2** se excavó siguiendo la misma técnica que en el caso anterior, con un área total de trabajo de 2 x 2 metros. Tras una limpieza del terreno se procedió a la eliminación del **Nivel Superficial**, permitiendo identificar un muro que sirve de cierre por el oeste del espacio excavado parcialmente en la Cata 1, confirmando lo que se podía intuir a partir de la observación de la superficie.

La excavación de este nivel estuvo condicionada por la abundante presencia de piedras, probablemente procedentes de las estructuras situadas alrededor.

7 La falta de analíticas, más allá de las puramente macroscópicas, plantea problemas añadidos para su correcta identificación.

8 Se tratarían, en este caso, de producciones asimilables en cuanto a concepto a las imitaciones de cerámica gris que encontramos en alguno de los yacimientos. Por otra parte, la

filiación tartésica o, por el contrario, el origen a partir de formas precedentes de este tipo de platos de borde vuelto es un tema relativamente recurrente en los estudios sobre cerámicas ibéricas.

9 Según nos comunicaron los directores de dicha excavación.

Bajo algunas de éstas, especialmente en las zonas más cercanas a los muros este y norte, se apreciaban adobes descompuestos mezclados con la tierra suelta que caracteriza a este Nivel Superficial.

A una cota de unos 5 centímetros, en las zonas menos erosionadas, se identificaba un segundo nivel, caracterizado por un mayor apelmazamiento de la tierra y una mayor presencia de adobes descompuestos. Este **Nivel A** ofrece los pocos restos materiales que fueron recuperados en esta cata – cerámicas informes muy fragmentadas–. Bajo él aparecía directamente el suelo de este espacio, aflorando en algunas zonas la roca natural. Las cotas definitivas oscilan entre unas profundidades de 26 centímetros, en las zonas más erosionadas, y 55 centímetros, en las protegidas por el muro que separa este espacio del excavado en la Cata 1.

2.5. El entorno del poblado

De manera paralela a las excavaciones desarrolladas se llevó a cabo una prospección superficial de la ladera situada al oeste del poblado, bajo éste, en el área comprendida entre la Zona 2 y la Zona 4. Como resultado de estos trabajos se recogieron varios fragmentos cerámicos a mano, entre los que destacan un pie anular semejante a los del poblado (Lám. 1.6), cerámica con cordones plásticos aplicados, un fragmento de molde de fundición de arenisca y un fragmento cerámico torneado, de los cuales vamos a comentar estos dos últimos.

El molde de fundición (Lám. 1.7) está realizado con el mismo tipo de piedra que el resto de moldes documentados en la zona (RAURET 1976) y estaría destinado, según lo conservado, a la fundición de discos de metal. Se trataría en ese caso del segundo molde de este yacimiento que presentaría esa misma funcionalidad (FATÁS 2007a, 150), pudiéndose relacionar, tal vez, con otros ejemplares procedentes de El Vilallonc.



Figura 10. Zona 4. Detalle de la Cata 2.

En cuanto al fragmento de cerámica torneada (Lám. 1.5) correspondería a un hombro con restos de tres bandas paralelas de decoración pintada, pudiendo relacionarse con la cerámica “protoibérica” a la que hacíamos alusión en la Zona 4 de intervención.

2.6. Un posible acceso

Paralelamente al trabajo arqueológico antes referido desarrollado en San Cristóbal, se localizaron en las cercanías de la Zona 4 de intervención restos de posibles estructuras junto al actual camino de romería. Éstas las hemos interpretado vinculadas a un acceso al asentamiento. En ese sentido, y según dicha hipótesis, el camino de romería que se mantiene en uso se podría tomar como una fosilización de la vía de acceso al antiguo poblado.

El examen de las evidencias que pudimos observar, revelaba la existencia de una hilada, bastante perdida, de piedras irregulares que apoya sobre roca natural retallada, siguiendo una técnica similar a la documentada en otras zonas del poblado. Estas estructuras, quizás un posible muro, que conservan una longitud de 1,88 metros, están dispuestas de manera perpendicular al actual camino, al superar un recodo del mismo, quedando hacia uno de los lados un cortado de considerable altura sobre el meandro que el Matarraña traza bajo el monte donde se sitúa el poblado.

Hacia el otro lado (hacia el sur), casi completamente alineadas con el posible muro antes descrito y junto a un afloramiento de la roca, tallada para estar ordenadas respecto a éste, se identificaron dos perforaciones en la roca –una circular, de unos 10 centímetros de diámetro, y otra, más bien un retalle, semicircular y de algo más de 15 centímetros– separadas entre sí 1,58 metros. Al sur de estas dos perforaciones, aflora la roca natural. Estos elementos quizás permitirían pensar en la existencia de una puerta. Actualmente en la zona que queda entre las dos perforaciones aparecen varios sillares modernos, que funcionan como escalones, vinculados al uso moderno del camino.

Igualmente, frente a dicho muro –a unos 5,60 metros– se ha podido identificar un retalle paralelo al mismo, al que se asocian en perpendicular dos piedras de considerable tamaño que podría ser definidos como sillares y que quizás cerraran una posible estructura vinculada a la entrada del asentamiento, aunque las reutilizaciones y modificaciones de esta zona para acceder a lo alto del cerro dificulta las interpretaciones.

A pesar de que esta última parte presenta más dificultades de interpretación, tanto el muro, como el hecho de que esté vinculado a las dos perforaciones en la roca parece que permitirían suponer la presencia de un camino de acceso que aprovecharía la geomorfología de la zona y podría ser controlado fácilmente desde dos puntos del yacimiento: la zona 2 y la zona 4.



Figura 11. Posible acceso al poblado. Se ha resaltado la posición del muro. Las flechas indican la presencia de las perforaciones en la roca.

3. Conclusiones

Las campañas de investigación y excavación desarrolladas durante los años 2004, 2005 y 2006 han permitido obtener una interesante visión complementaria a la que nos aportaban los materiales antiguos, con la ventaja añadida en este caso de que también se trata de una visión directa. Por una parte, hemos podido comprobar el contexto cultural del asentamiento en diferentes zonas del mismo, y con ello realizado un acercamiento cronológico a partir del mismo, gracias a la aparición de algunas cerámicas que permiten situar el yacimiento en momentos concretos.

Las cerámicas manufacturadas, y sus decoraciones, nos están remitiendo al mundo del Hierro característico del nordeste de la Península Ibérica, en general, y al del Matarraña en concreto, con la aparición de complejas y barrocas decoraciones plásticas de cordones aplicadas que podemos encontrar, además de en el mismo San Cristóbal, en yacimientos como Tossal Redó o El Vilallonc. Igualmente, las tapaderas decoradas con acanalados geométricos, que aparecieron en

dos de las zonas de intervención, parecen, según comentábamos más arriba, elementos característicos de estos poblados del Hierro Inicial. Finalmente, entre este tipo de cerámicas, hay que destacar la presencia de una clara importación como es la cerámica grafitada.

También como importaciones y de momentos protohistóricos semejantes se pueden considerar las cerámicas torneadas, importaciones que junto con los materiales manufacturados, cuadrarían con los procedentes de las campañas antiguas —entre los que se incluyen parte de un vaso Cruz del Negro con origen en el mundo fenicio occidental—, permitiendo esta conjunción situar con cierta fiabilidad la vida del yacimiento entre la segunda mitad del siglo VII y la primera mitad del siglo VI a.C.

Junto a estos resultados relacionados con los materiales arqueológicos y su contexto cultural, hay que señalar que hemos podido documentar, parcialmente ya que ha sido en una de las zonas, el sistema constructivo empleado. Éste se basa en la combinación de una base de piedra sobre la que se levanta el

resto del muro mediante adobes dispuestos a soga, para los que, por otra parte, no existe un sistema estandarizado de medidas.

Los trabajos han permitido, también, confirmar unas mayores dimensiones que las tradicionalmente supuestas para este yacimiento, como se evidencia del hecho de que la zona situada junto a la ermita sea probablemente contemporánea al resto del poblado a pesar de estar situada a una distancia máxima de 75 metros de la zona más cercana del poblado.

Esta mayor extensión tiene, por otra parte, un componente geoestratégico importante y evidente, ya que si bien el área al que se vincula la Zona 2 de intervención permitía un amplio control territorial en dirección hacia el Bajo Matarraña, el descubrimiento de que también hay signos de ocupación en esta Zona 4 permite complementar dicho control con una amplia visión aguas arriba del río Matarraña reforzando su área de control visual y evitando lo que de otra manera podría haber sido una zona "de sombra".

Igualmente, y en relación al mayor tamaño, hemos podido identificar un posible acceso al asentamiento que estaría fosilizado en el actual camino de romería hacia la ermita de San Cristóbal.

Por último, la obtención de estratigrafías de primera mano ha permitido verificar, a pesar de haber documentado diferentes niveles, una única ocupación en este yacimiento, lo cual cuadraría con lo apuntado tradicionalmente por Bosch Gimpera para este poblado. Lo único que hemos podido diferenciar, de manera hipotética y a falta de ampliar los trabajos en algunas de las zonas de intervención, ha sido una posible remodelación en algunos espacios que permitirían explicar ciertas estructuras de interpretación compleja. De cualquier manera la ocupación no habría sido demasiado duradera y en un momento bien identificado gracias a la presencia de algunos elementos característicos comunes en esta zona y sus alrededores.

Estas intervenciones han posibilitado, en definitiva, el rellenar algunos de los huecos que perduraban sobre el conocimiento de este asentamiento, aunque también han generado en contrapartida algunas dudas que únicamente serán resueltas mediante el desarrollo de nuevos trabajos de campo. Nos referimos, especialmente, al tema de la articulación entre el nuevo área de poblamiento descubierto y lo conocido tradicionalmente, así como, en relación con esta mayor superficie, al tipo de (proto)urbanismo existente y el tamaño total real del mismo.

4. Bibliografía

ABAD, L. y SALA, F.

–1993 *El poblado ibérico de El Oral (San Fulgencio, Alicante)*, Valencia.

ASENSIO ESTEBAN, J.A.

–1995 “Arquitectura de tierra y madera en la Protohistoria del Valle Medio del Ebro y su relación con la del Mediterráneo”, *Caesaraugusta*, 71, Zaragoza, p. 23-56.

ASENSIO I VILARÓ, D., BELARTE, C., SANMARTÍ, J. y SANTACANA, J.

–2000 “Las cerámicas fenicias y de tipo fenicio del Barranc de Gáfols (Ginestar, Ribera d’Ebre, Tarragona)”, *Actas del IV Congreso Internacional de estudios fenicios y púnicos (Cádiz, 2 al 6 de octubre de 1995)*, IV, Cádiz, p. 1733-1745.

ATRIÁN JORDÁN, P.

–1961 “Cerámica céltica del poblado de San Cristóbal (Mazaleón)”, *Teruel*, 26, Teruel, p. 229 – 246.

BARROSO, R.

–2002 “Cuestiones sobre las cerámicas grafitadas del Bronce Final y I Edad del Hierro de la Península Ibérica”, *Trabajos de Prehistoria*, 59 - 1, Madrid, p. 127-142.

BEA, D., DILOLI, J. y VILASECA, A.

–2005 “El Turó del Calvari. Un edifici cultural de la Primera Edat del Ferro al curs inferior de l’Ebre”, *Tribuna d’Arqueologia 2002-2003*, Barcelona, p. 23-51.

BELARTE, M.C.

–2002 *La construcció amb terra a la Protohistòria*, Barcelona.

BONET, H.

–1995 *El Tossal de Sant Miquel de Lliria. La antiga Edeta y su territori*, Valencia.

BONET, H., DÍES, E. y RUBIO, F.

–2001 “La reconstrucción de una casa ibérica en la Bastida de las Alcusses”, Belarte et alii (eds.) *Tècniques constructives d’època ibèrica i experimentació arquitectònica a la Mediterrània*, *Arqueo Mediterrània* 6, Barcelona, p. 75-93.

DE CHAZELLES, C.A.

–2001 “Les techniques de construction protohistoriques en Gaule méridionale”, Belarte et alii (eds.) *Tècniques constructives d’època ibèrica i experimentació arquitectònica a la Mediterrània*, *Arqueo Mediterrània* 6, Barcelona, p. 11-26.

FATÁS FERNÁNDEZ, L.

–2007a *La Edad del Hierro en el Valle del Matarraña (Teruel): las investigaciones del Institut d’Estudis Catalans en el Bajo Aragón*, Zaragoza (Tesis Doctoral Inédita).

–2007b “El Bajo Aragón y las investigaciones arqueológicas durante las primeras décadas del siglo XX”, *Cuadernos de Estudios Caspolinos*, n.º 27, Caspe, pp. 199-218.

–e.p. “Entre dos mundos: el juego de influencias del Bronce Final – I Edad del Hierro en el valle del Matarraña”, *Kalathos*, Teruel.

FATÁS, L. y CATALÁN, S.

–2005 “La construcción con tierra en la Protohistoria del Bajo Aragón: el caso de San Cristóbal de Mazaleón”, *Salduie*, 5, Zaragoza.

MORER, J., BELARTE, M.C., SANMARTÍ, J. y SANTACANA, J.

–2001 “El laboratori d’arquitectura protohistòrica de la Universitat de Barcelona”, Belarte et alii (eds.) *Tècniques constructives d’època ibèrica i experimentació arquitectònica a la Mediterrània*, *Arqueo Mediterrània* 6, Barcelona, p. 150-180.

RAFEL, N.

–1991 *La necròpolis del Coll del Moro de Gandesa. Els materials*, Tarragona.

–2003 *Les necròpolis tumulars de tipus Baixaragonès : les campanyes de l’Institut d’Estudis Catalans al Matarranya*, Barcelona.

RAFEL, N., BLASCO, M. y SALES, J.

–1994 Un taller ibérico de tratamiento de lino en el Coll del Moro de Gandesa (Tarragona)”, *Trabajos de Prehistoria*, 51, nº 2, p. 121-136.

RAURET, A.M.

–1976 *La metalurgia del bronce en la Península Ibérica durante la Edad del Hierro*, Universidad de Barcelona, Publicaciones Eventuales Nº 25, Barcelona.

RUIZ ZAPATERO, G.

–1985 *Los Campos de Urnas del NE de la Península Ibérica*, 2 vols., Madrid.

SÁENZ DE URTURI, F.

–1983 “Estudio de las cerámicas grafitadas en yacimientos alaveses”, *Estudios de Arqueología Alavesa*, 11, p. 387-405.

SANMARTÍ, J., BELARTE, M.C., SANTACANA, J., ASENSIO, D. y NOGUERA, J.

–2000 *L’assentament del bronze final y primera edat del ferro del Barranc de Gáfols (Ginestar, Ribera d’Ebre)*, Barcelona.

SANTACANA, F. y BELARTE, M.C.

–2003 “Cabdills, estats i vi en la cruïlla de la Protohistoria Ibèrica”, en Costa, B. y Fernández, J.H. (Eds.) *Colonialismo e interacció cultural: el impacte púnic en las sociedades autóctonas de Occidente. XVIII Jornadas de Arqueología fenicio-púnica (Eivissa, 2003)*, p. 127-144.

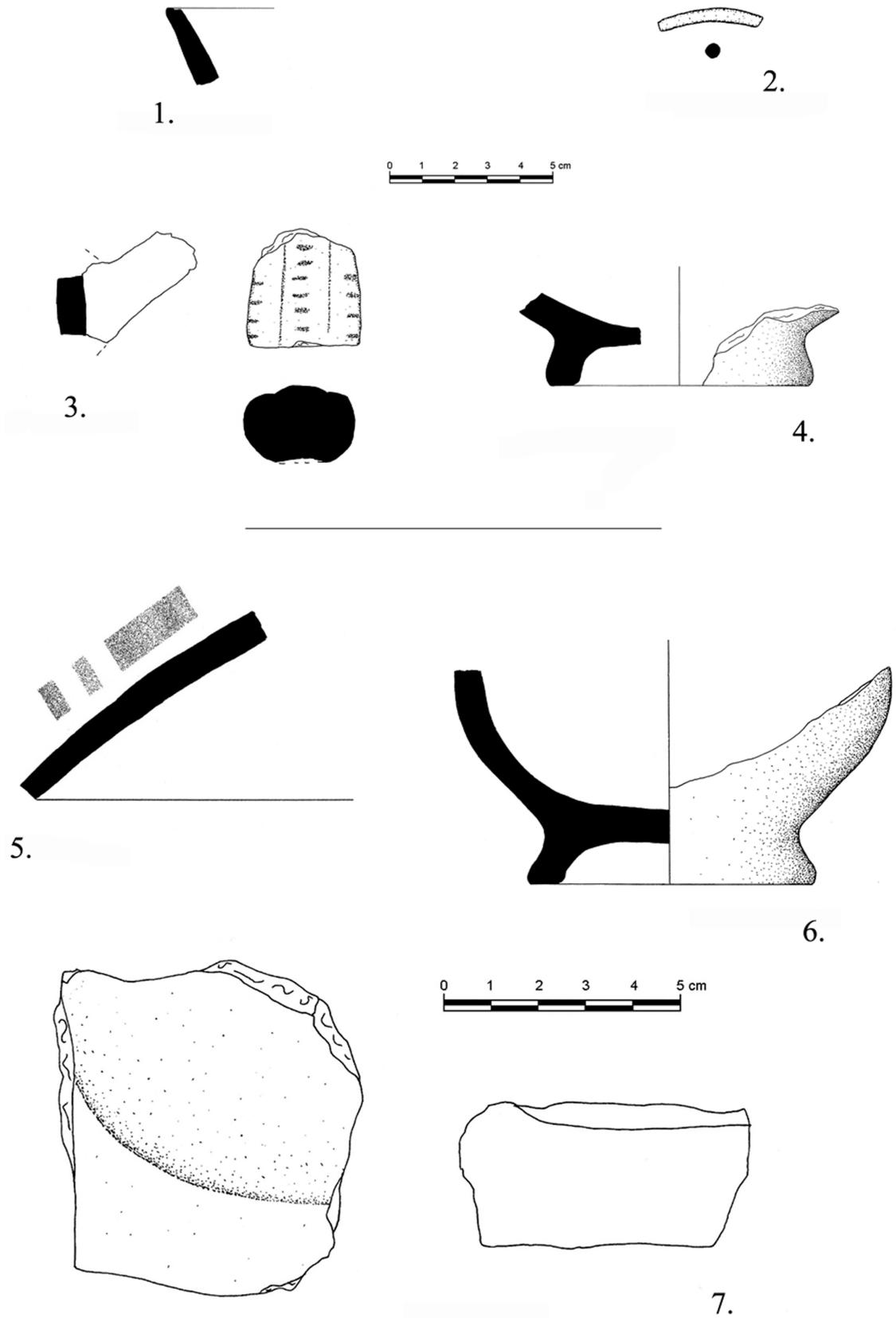


Lámina 1. Materiales de la zona 1 y del nivel superficial. Cerámica manufacturada (1, 3, 4 y 6), cerámica torneada (5), bronce (2) y fragmento de un molde de fundición de discos en arenisca (7).

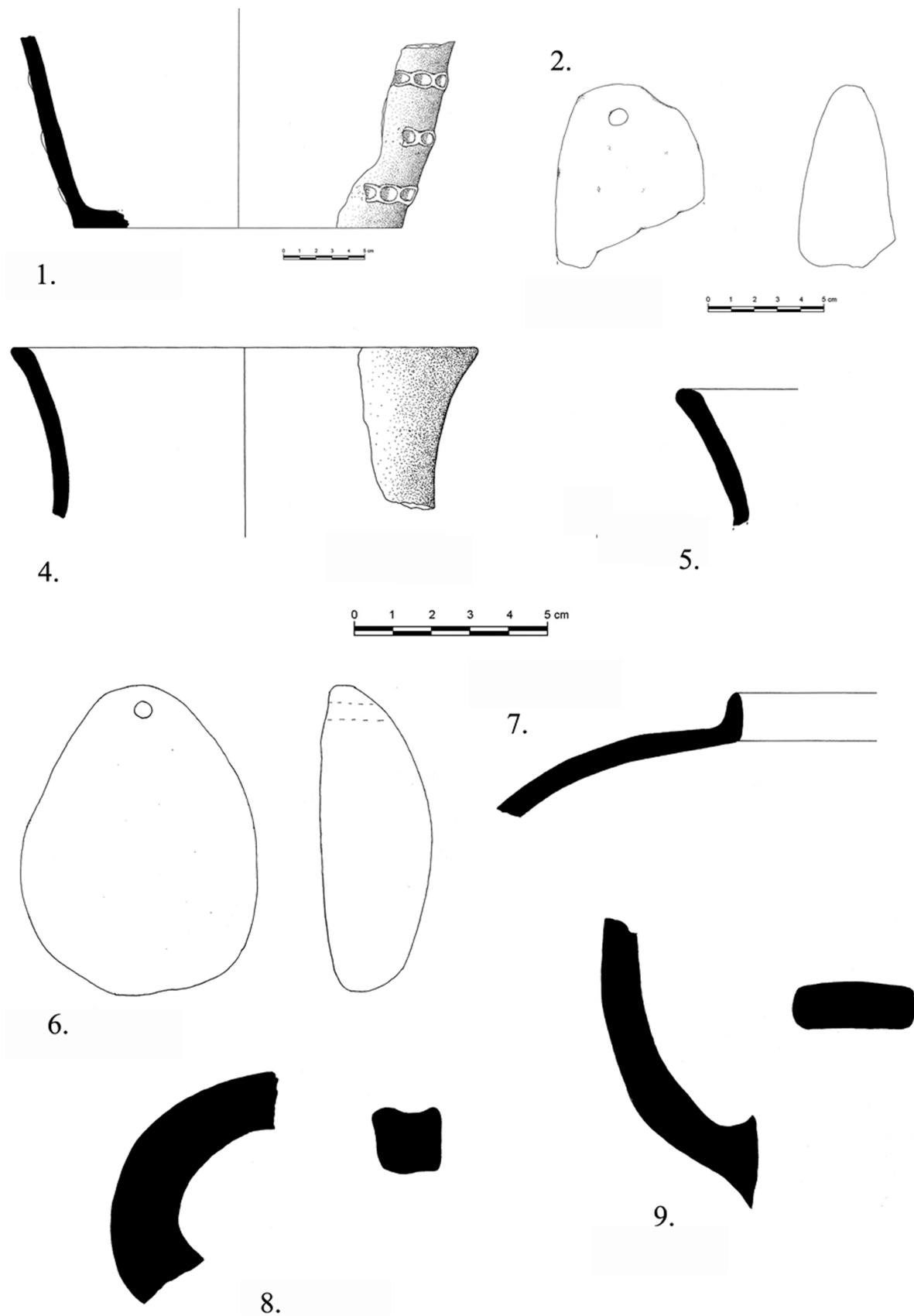


Lámina 2. Materiales de la zona 2. Cerámica manufacturada (1, 3, 4, 6, 7 y 8), peso de telar (2) y piedra perforada (5).

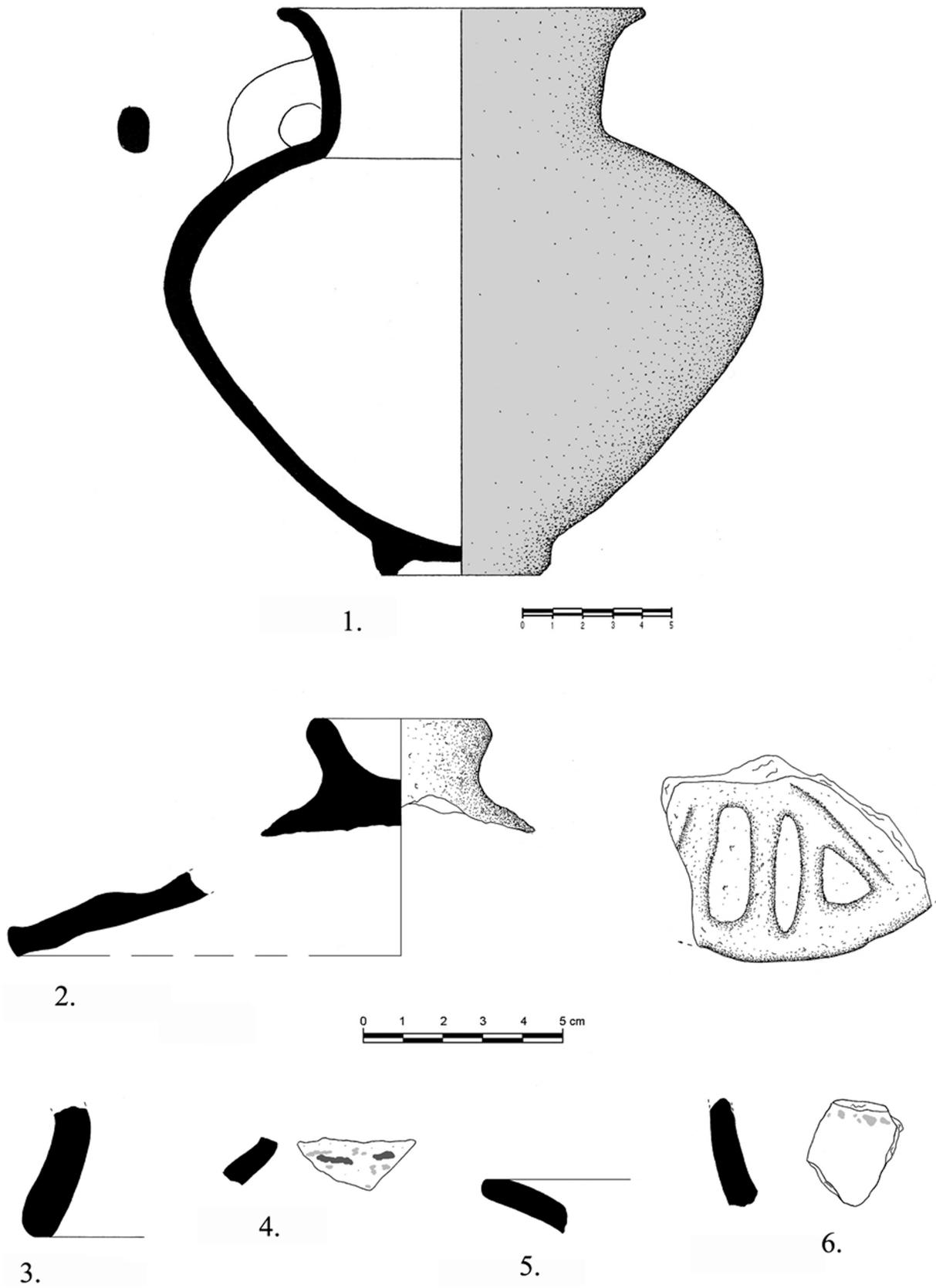


Lámina 3. Cerámica manufacturada de la zona 2. La 1 presenta acabado grafitado en toda su superficie. La 4 y la 6 restos de pintura roja y amarilla, en el primer caso, y amarilla, en el segundo.

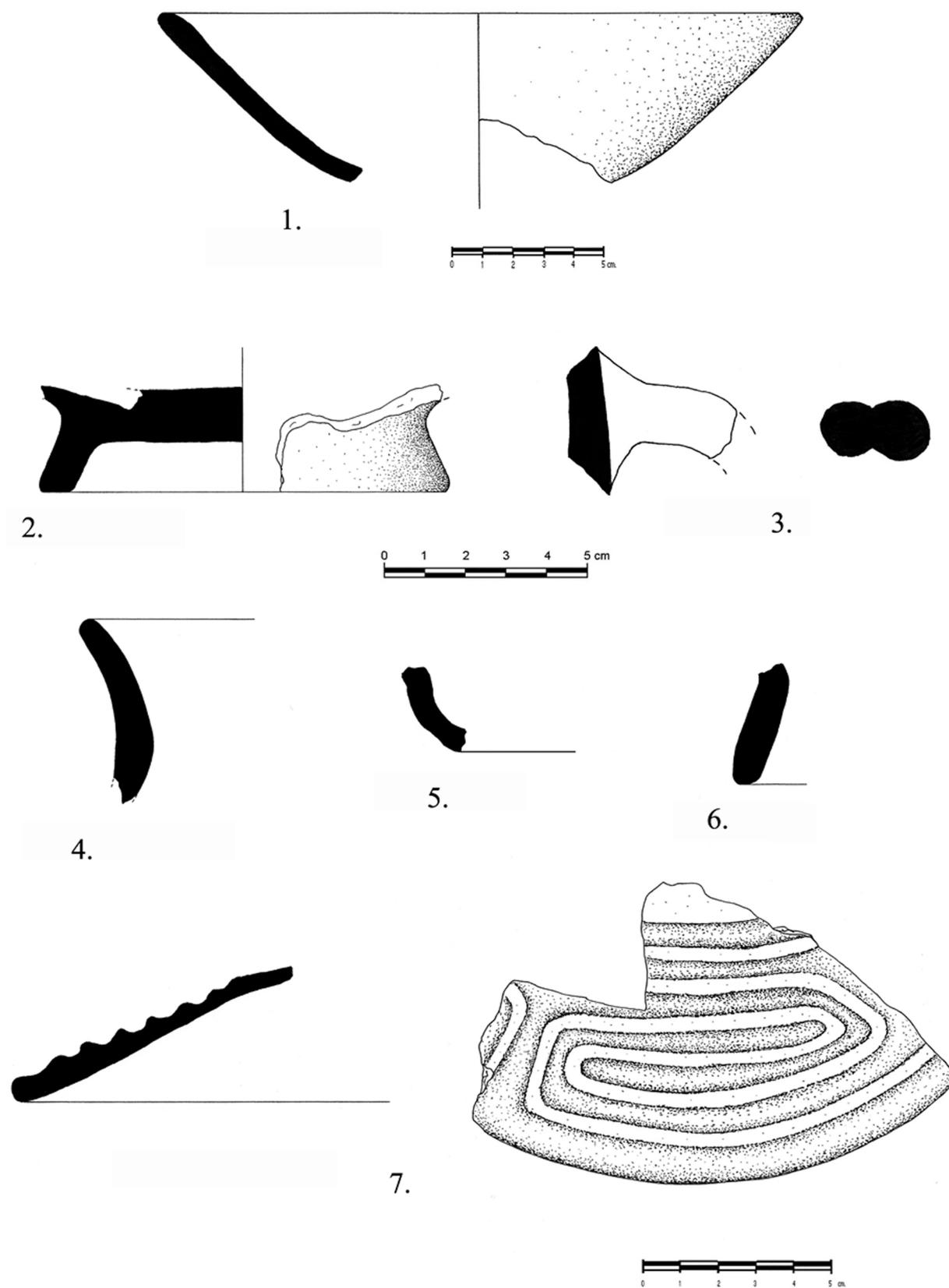


Lámina 4. Materiales de la zona 4. Cerámica manufacturada (1, 2, 4, 6 y 7) y torneada (3 y 5).

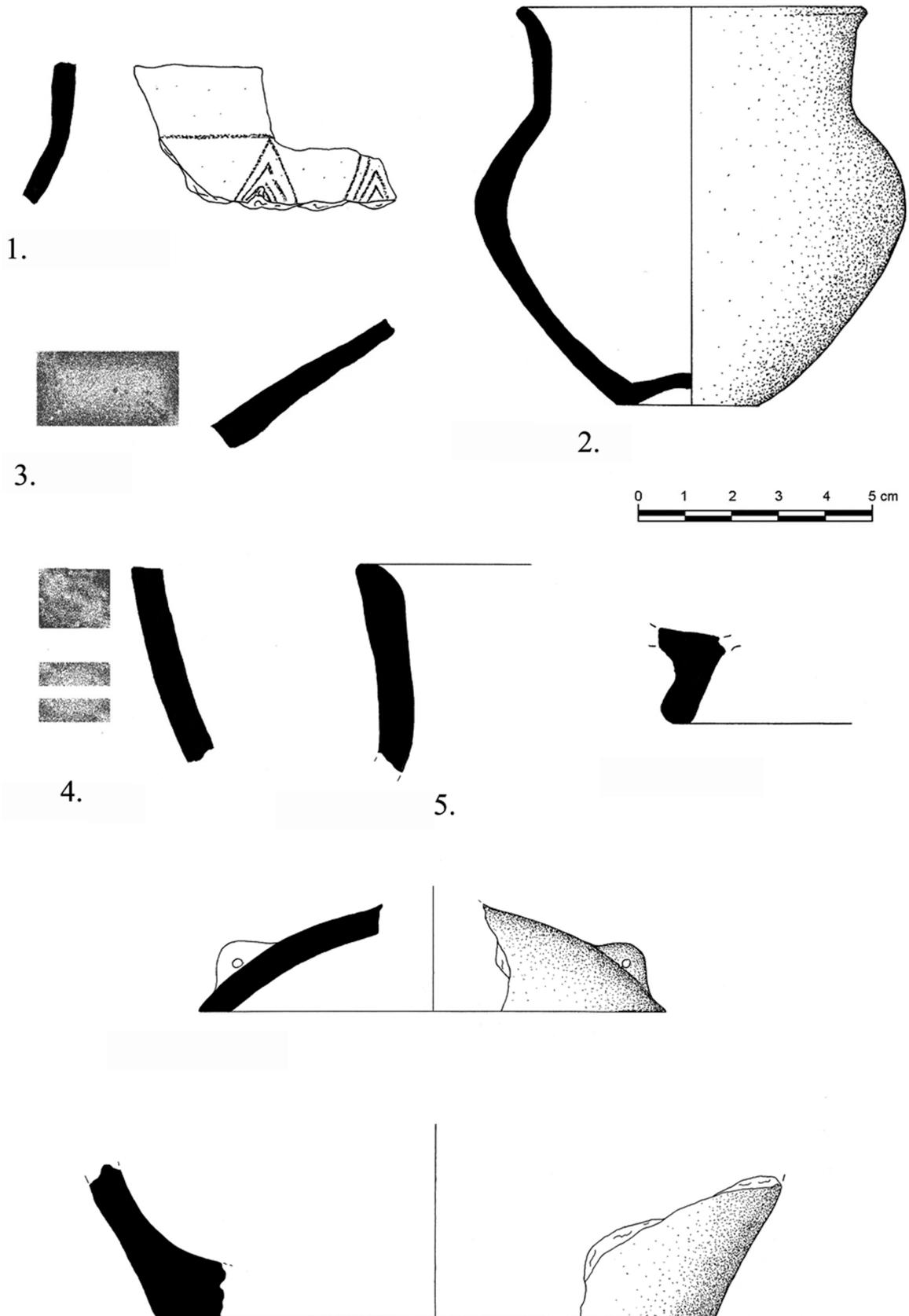


Lámina 5. Materiales de la zona 4. Cerámica manufacturada (1, 2, 5, 6, 7 y 8) y torneada (3 y 4).

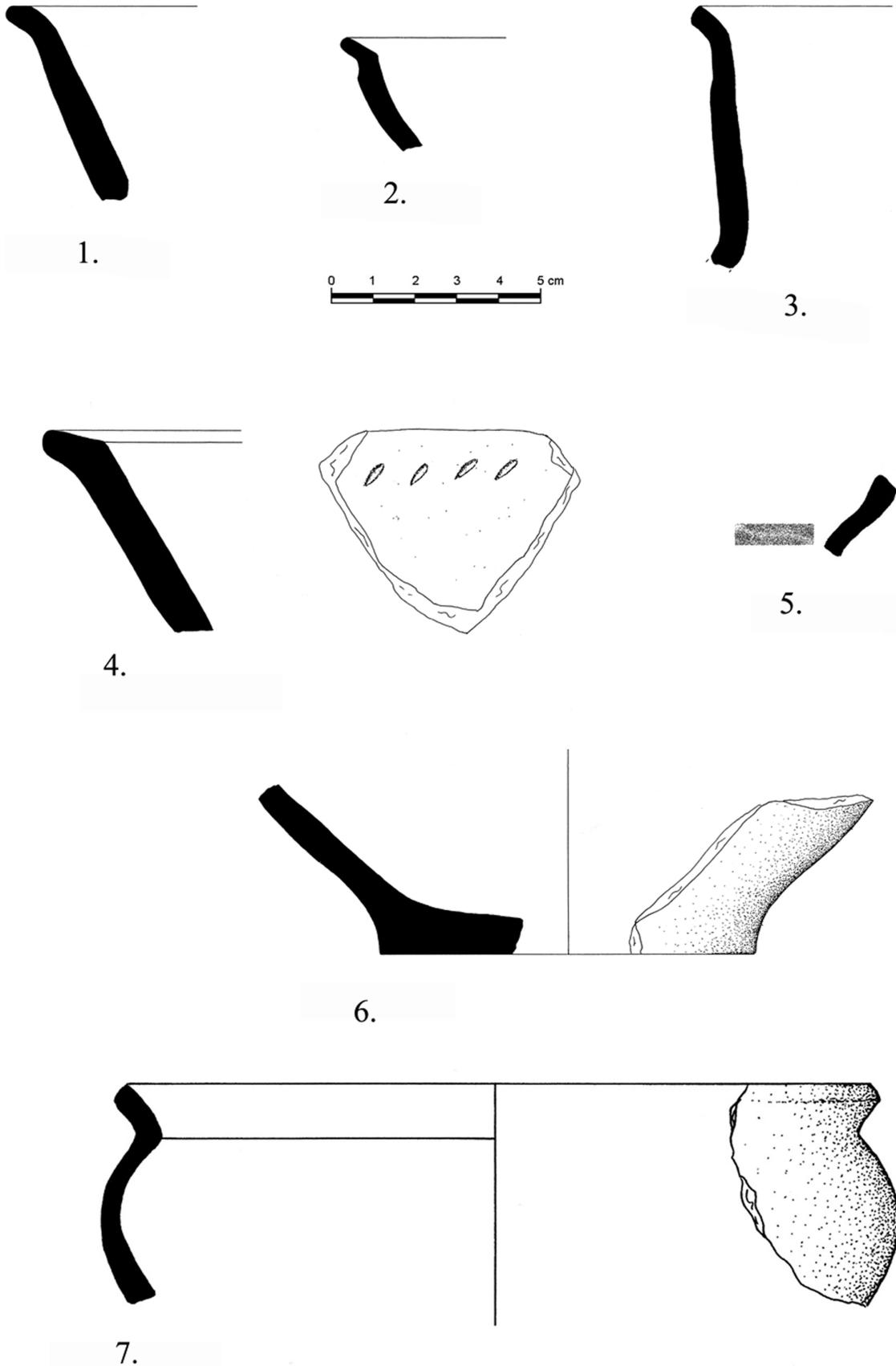


Lámina 6. Materiales de la zona 4. Cerámica manufacturada (1, 2, 3, 4, 6 y 7) y torneada (5).

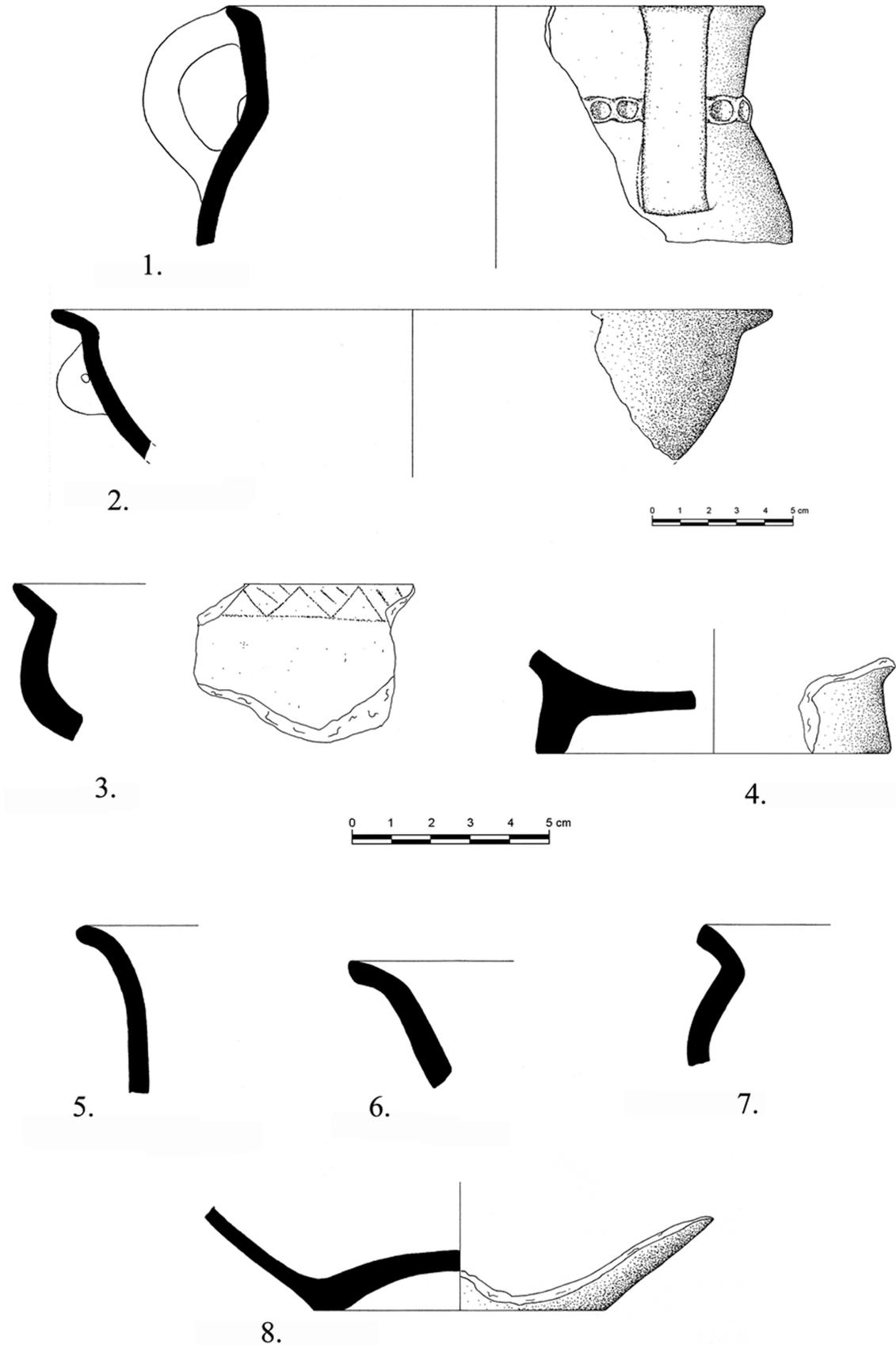


Lámina 7. Cerámica manufacturada de la zona 4.

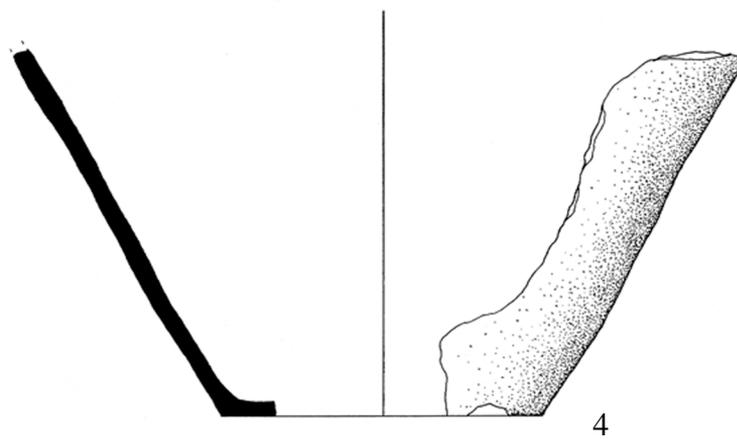
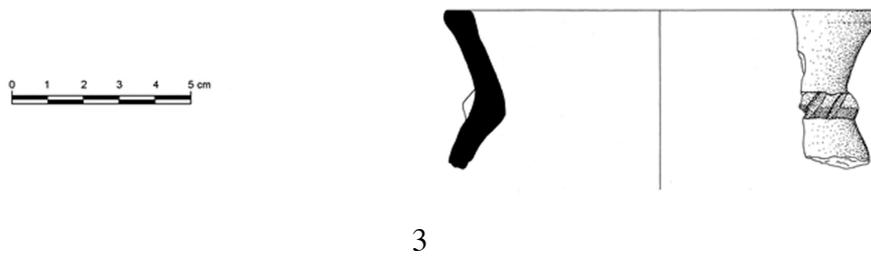
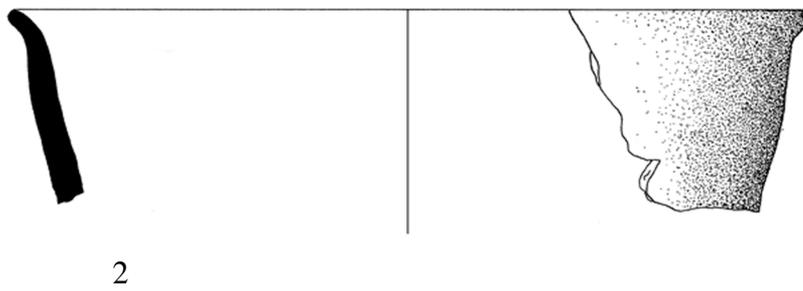
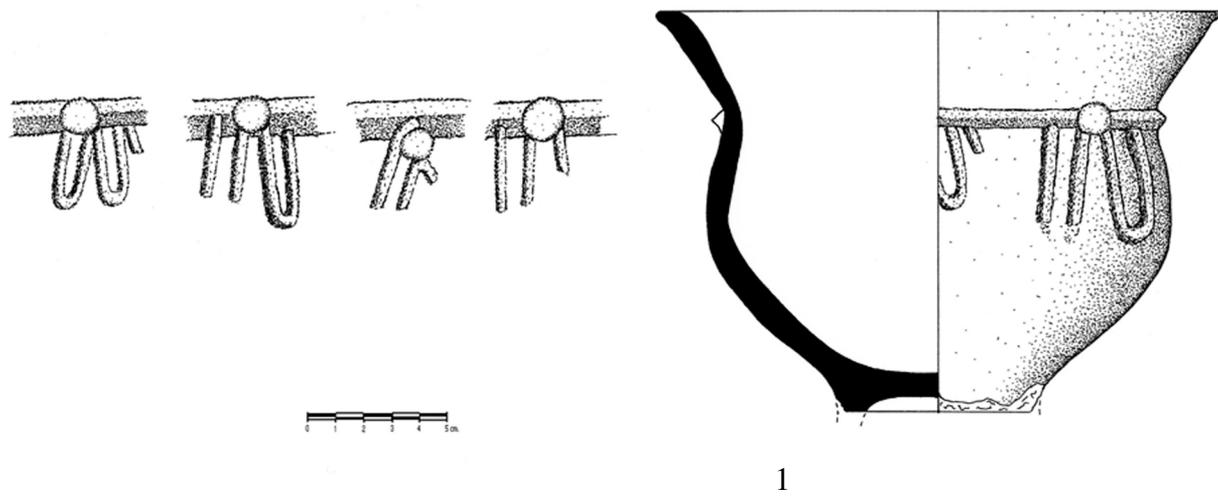


Lámina 8. Cerámica manufacturada de la zona 4.